

# Memorias de una Palmera

*en Manzanilla*

Un cuento de José Antonio Borrero Cumplido con ilustraciones de Marcos Toti





# Memorias de una Palmera *en Manzanilla*

Un cuento de José Antonio Borrero Cumplido con ilustraciones de Marcos Toti



# **NONPLUS ZALAMEA**

Huelva / España

Título de la obra: Memorias de una Palmera.

© del texto: José Antonio Borrero Cumplido

© de las ilustraciones: Marcos Toti

© de edición: Marcos Toti

Diseño y maquetación: NON PLUS ZALAMEA

Primera edición: Abril de 2021

Depósito Legal: H 50-2021

Printed in Spain

Impreso en España

Reservados todos los derechos y prohibida

la reproducción total o parcial

sin el permiso escrito de los autores.

## PRÓLOGO

Desde hace quince años conozco la historia de la Palmera, pero he de confesar que, al verla escrita con tanta exquisitez, sensibilidad y delicadeza por José Antonio Borrero Cumplido, me despertó un gran interés por conocer más detalles. La protagonista de este pequeño relato fue considerada un monumento emblemático debido a su gran altura, tan alta como la torre de Manzanilla. Al parecer, era conocida como la Palmera de D. Salvador Cumplido Guerrero, abogado de profesión y magistrado en Sevilla, casado con su prima Josefa Guerrero Ossorno. Los dátiles que se nombran en el cuento fueron sembrados en el patio de su casa de Manzanilla, la misma casa que en el siglo XVIII perteneció al conocido Brigadier D. Manuel Félix Ossorno, quien luchó contra los Austrias dirigiendo el Regimiento de Manzanilla, que se integraría en el de Triana durante la Guerra de Sucesión española. La vivienda de los Ossorno se conserva entre sus descendientes y en la actualidad sigue habitada por ellos.

No quisiera dejar pasar este prólogo sin hacer referencia a estos hechos históricos de Manzanilla, precisamente, cuando se gestó esta publicación que hoy ve la luz, a comienzos del pandémico 2020, se cumplió el 300 Aniversario de la Real Provisión del 21 de diciembre de 1719, en la que Felipe V le concedió licencia a la Hermandad del Valle para celebrar una feria de ganado durante 3 días, coincidiendo con la festividad del Espíritu Santo. Durante el establecimiento de la Corte en la ciudad de Sevilla, al parecer el rey asistió cada año a la feria. La implicación de Manuel Félix Ossorno, así como de su localidad natal Manzanilla en la leva y primera formación del Regimiento y en su posterior actuación, es lo que explica la motivación del rey al conceder y otorgar la merced de celebrar la "Real Feria del Valle". La Hermandad además recibiría la mitad de las alcabalas recaudadas durante la misma.

El autor del cuento comienza diciéndonos que es la historia de su familia, pues efectivamente es descendiente directo de la familia Ossorno. Quisiera agradecer a José Antonio Borrero por ser cómplice en mi idea de crear este cuento a raíz de su historia, me pareció importante para nuestro pueblo que estos hechos quedaran recogidos como patrimonio cultural de Manzanilla y que fuese conocido por nuestras generaciones presentes y futuras.

*María del Carmen Manuel González*  
Manzanilla, a 30 de enero de 2021



Os voy a contar una historia de mi familia.  
Dicen que en el año mil ochocientos cuarenta  
y siete, unos antepasados míos  
acudieron desde el pueblo de  
Manzanilla (Huelva)  
hasta la ciudad  
de Sevilla,  
para asistir  
a una feria  
de ganado.  
Hoy día  
esta feria  
se sigue  
celebrando  
y la llamamos  
Feria de Abril.



Aquella fue la primera que se celebró. No me puedo imaginar todo lo que se podría comprar hace ciento setenta años en una feria, pero a la postre lo más importante fueron unos dátiles. Y en concreto uno de ellos, el que de regreso al pueblo fue enterrado en la casa de la familia, entre bodegas y corrales, en un jardín poblado de damas de noche, jazmines y brotes de menta. En aquel lugar una planta germinó, y en unos años el pequeño dátil se convirtió en una esbelta palmera.



Luego fueron pasando las estaciones, los inviernos, las primaveras, y la palmera fue creciendo más y más. Se fue haciendo cada año más alta y majestuosa. Se elevó por encima de los árboles, de las casas, y con el tiempo incluso consiguió mirar a la torre de la iglesia cara a cara. En los viñedos de la comarca se convirtió en una referencia para los agricultores. La fama de la palmera fue creciendo con su altura, y a principios



del siglo XX ya era conocida por los viajeros que transitaban la carretera entre Sevilla y Huelva. Se la podía distinguir a veinte kilómetros del pueblo. Al llegar a éste, la gente se detenía en la carretera para admirarla. Con sus caballos, sus carros y con los primeros coches a motor. En su cumbre anidaban grandes aves, y proporcionaba los mejores dátiles que nadie hubiese probado.

Pero por otro lado, la palmera suponía un peligro para algunos vecinos, porque se doblaba cuando el viento soplaban fuerte. Temían que algún día cayese sobre sus casas. Tanto que, una noche, un hombre trepó hasta arriba para cortar sus ramas, con el objeto de acabar con ella. Pero no lo consiguió, a la primavera siguiente rebrotaron aún con más fuerza. Y aunque la palmera seguía siendo muy querida por la mayoría, e incluso tratada por las autoridades como un monumento más, con el tiempo la gente del pueblo se dividió entre los que la querían mantener y los que deseaban que se cortase.

A mediados de los años sesenta  
del siglo pasado, la familia recibió  
varias denuncias de estos últimos,  
y hubo que buscar una solución.

Pero no era fácil acabar con  
la palmera, no sólo ya por  
el lado sentimental, sino  
por la dificultad de hacerlo.

Aunque la palmera era tan  
conocida, que la situación  
incluso llegó a los oídos de  
varios jardineros del parque  
de María Luisa de Sevilla.

Estos se ofrecieron para  
cortarla, y llegaron a un  
acuerdo con mi familia.

Para ellos suponía  
un reto.







El día que viajaron a Manzanilla todo el pueblo estaba expectante. Los hombres prepararon por su tronco hasta alcanzar su penacho, y desde abajo la gente esperaba que comenzasen a caer sus ramas. Pero de repente, sorprendidos, comprobaron que los jardineros descendían sin tocarla. Al llegar al suelo hablaban que era una lástima, que la palmera por arriba estaba verde y viva, y que la planta podría vivir cien años más sin que su tronco se quebrase. Preferían volverse a Sevilla sin ganar nada. Pero la suerte de la palmera ya estaba echada, y finalmente se les pidió que la cortasen. Los jardineros volvieron a subir. La comenzaron a desmontar desde arriba, y de ahí continuaron trozo a trozo, hasta su base.

Ese día, dicen que todos los niños del pueblo comieron del palmito de su corazón, de entre sus hojas más tiernas, las que rozaban el cielo. Dicen que era el más rico y sabroso que nunca habían probado. Unos días después, el once de agosto de mil novecientos sesenta y seis, en el diario ABC de Sevilla un periodista escribió:



Desde su altura, la palmera seguro que pudo seguir la vida de mis tatarabuelos, de mis bisabuelos, de mis abuelos, de mis tíos, de mi madre con sus cuatro hermanas, así como la de varias generaciones de la gente del pueblo. Yo no llegué a conocerla, pero tras muchos años de escuchar hablar de ella, me decidí a contar su historia, las memorias de una palmera.





PATROCINADORES:

